

Transmutación, Redención Biológica y Homeopatía

*Gloria Alcover Lillo

PALABRAS CLAVE:

Cambio, Transmutación, Transformación, Plenitud vital, Redención biológica, Pensamiento oriental, Pensamiento occidental.

Resumen

En apariencia alejados de la clínica, del enfermo y de la Homeopatía como método científico, los conceptos filosóficos, religiosos y espirituales que se vierten en este texto destacan la importancia que tiene el cambio de actitud del ser humano ante comportamientos aprendidos o “heredados” del entorno familiar y social. La enfermedad, sea cual sea, es detestable ya que limita o impide el funcionamiento pleno del ser humano; sin embargo, es un hecho que la entidad patológica actúa como un detonante que pone al descubierto una serie de síntomas que son el faro que necesita el médico homeópata para generar un diagnóstico de certidumbre.

Este artículo se complementa con un caso clínico que ejemplifica la utilidad de los medicamentos homeopáticos para curar no sólo la afección primaria o “visible” de un paciente, sino para sintonizar integralmente su vida y eliminar por completo el dolor que lo ha aquejado, a veces por larguísimos periodos. En este momento, la transmutación orgánica, psíquica y espiritual tomará forma y así, señala la autora, con la ayuda del médico homeópata, el doliente logrará su salvación, su libertad, y realizará a nivel individual una redención biológica que después se expandirá y transmitirá.

Abstract

Apparently away from the clinic, the patient and Homeopathy as a scientific method, philosophical, religious and spiritual concepts that are poured into this text highlights the importance of changing attitudes to human behavior learned or “legacy” of family and social environment. The disease, whatever, is abhorrent and that limits or prevents the full functioning of the human being; however, it is a fact that the

*Médico Cirujano por la Universidad Complutense de Madrid, España, con especialidad en Ginecología y Obstetricia.

Especialidad en Homeopatía por la Escuela de Posgrado de Homeopatía de México, A.C.

Miembro de honor de la Universidad de Sevilla, la Academia Médico Homeopática de Barcelona, la Escuela Médico Homeopática Rumana, la Escuela Médico Homeopática Ecuatoriana, la Escuela Médico Homeopática de Bogotá y el Instituto G. Páez de Bogotá.

Recibido: noviembre, 2013. Aceptado: enero, 2014

KEYWORDS:

Change, Transmutation, Transformation, Wholeness vital, Biological redemption, Eastern thought, Western thought.

disease entity acts as a catalyst that exposes a number of symptoms that are the lighthouse that needs to generate a homeopathic physician diagnostic certainty .

This article is supplemented by a case that exemplifies the usefulness of homeopathic medicines to treat not only primary or condition "visible" to a patient, but to fully tune your life and completely eliminate the pain that has plagued, sometimes for lengthy periods. At this time, the organic, psychic and spiritual transmutation take shape and so, says the author, with the help of homeopathic doctor, the mourner will achieve salvation, freedom, individually and perform a biological redemption that will expand and then transmit.

Uno de los conceptos que el pensamiento filosófico natural del hombre ha abordado profundamente ha sido el concepto de cambio. En un primer momento, como una evidencia del proceso de la vida; después, partiendo de esta evidencia, como motivo de reflexión, en cuanto a que se opone al "anhelo de eternidad" que los seres humanos de todos los tiempos hemos sentido como una dimensión que nos pertenece sin saber cómo. Ha sido, también, la contraparte del instinto de conservación, porque el cambio significa, al mismo tiempo, temporalidad para algunos, apariencia para otros, e ilusión para unos más. El cambio era y es, en definitiva, la paradoja de dejar de ser mientras se es, para seguir siendo cada vez más.

Pareciera que es el cambio, irrefrenable, incontenible, intrínseco al proceso de la vida, el que nos llevará indefectiblemente a la temida y rechazada muerte, cumpliendo así su más íntima paradoja esencial. Se nos presenta como autor eficaz de nuestro crecimiento, de nuestra madurez y de nuestra vejez. En este cambio nos vemos vivir sin poder evitarlo. Es el potente autor de nuestras transformaciones conscientes e inconscientes, de nuestras conquistas, tanto de las nuevas formas como de nuestras deformaciones; de todo lo que vemos que constituye tanto nuestro ser en enfermedad como en salud. De todo lo que tantas veces parece alejarnos de nosotros mismos y, sin embargo, paradójicamente, nos acerca.

En el pensamiento oriental, fundamentalmente espiritualista o naturalista, se revela la posición del hombre frente a lo que no es aparentemente

divino y eterno. En este momento del pensamiento perceptivo el hombre vive y realiza una rebelión, porque reconoce, en el vivir dentro de esta eternidad anhelada, la fuente de la felicidad, y en el vivir dentro del "cambio-apariencia", el motivo primordial del dolor humano. En este momento del conocimiento del hombre, el sufrimiento es una realidad ligada al cambio y a una dimensión corpórea. Por eso mismo se siente sin sentido, se debe exorcizar o superar hasta anularlo, y se emprende toda una serie de caminos de "des-encarnación" para poder cambiar de dimensión. Sin embargo, dada la unidad sustancial de este cambio con la vida misma, no se pueden separar lo corpóreo o lo mortal de lo espiritual y con carácter de eternidad. Sólo se puede trascender.

En el pensamiento occidental, desde Cristo, fundamentalmente encarnacionista, se revela la posición del ser humano ante lo que es una experiencia inevitable: el hombre como una entidad espiritual y corpórea. Todo él identidad y misterio. Todo él amable; su cuerpo es escenario del cumplimiento del espíritu, portador y vehículo de esta espiritualidad; intermediario sagrado y trascendente por sí mismo, y actor de la vida misma del espíritu, donde todo tiene sentido, incluso el dolor, incluso el sufrimiento que ha pasado a ser don voluntario de sí mismo que se comparte con otro para alcanzar el cumplimiento de una dimensión suprema: el acto de amor.

Así, este conocer la dimensión sacrificial (*sacrum-facere*) del dolor como don y como participación voluntaria de cumplimiento por amor de nosotros en el otro y a través del otro en nosotros mismos, es lo que en la historia ha forjado la tradición del sen-

tido del dolor como necesario de nuestra dimensión terrenal. El dolor pasará a ser incluso deseado como ofrenda de sacrificio voluntaria de unos a otros, como ofrenda de reconciliación, como “oro, incienso y mirra” de un alma que, atravesando las necesidades de cumplimiento de la tierra y de todos los hombres que en la vida nos rodean, mira y busca a Dios fuera y dentro de sí, a través de los demás y con los demás, y a través de su corporeidad misma.

El hombre que logrará esa especie de resurrección será aquel que retorne a la vida verdadera a través de la vida misma, es decir, mediante un proceso excepcional y misterioso que se cumplirá cuando sea capaz de vivir el dolor y la felicidad conjuntas de darse, entregarse, saber y querer ofrecerse como “don de sí mismo”. Un hombre que renace en el cumplimiento implícito de su generosidad, del saber abrazar el dolor y la felicidad conjuntos integrados y trascendidos a través de vivir amando.

Al vivir plenamente el hombre encuentra la completa reencarnación de sí mismo, ese renacimiento deseado y progresivo que le descubre a sí mismo el hombre superior. Ese hombre que a veces llamamos “angélico” para entender su altura. Ese hombre que está, aún a través de los gestos más sencillos, divinizado por el amor cumplido. Es así, amando, como sé que toma cuerpo esa realidad recibida del Dios encarnado hecho Hombre en la propia intimidad de cada uno de nosotros. Una transformación realizada a través de la corrección de las infinitas formas enlazadas, ascendidas hacia la verdad más esencial y original de nuestra realidad radical, donde sentimos que nuestro ser “descansa”.

A través de esta trayectoria, podemos afirmar que tanto en un momento del tiempo como en otro, y en una latitud de la tierra como en otra del espacio terrenal, la palabra clave es: trascendencia (la secularización ha anulado este lenguaje que todos hemos oído —aunque lejanamente— y ha dado como consecuencia la desorientación en una baja y horizontal lectura de la vida que no pudiendo por sí misma trascender la muerte, lleva al hombre a instaurar como sentimiento primordial el temor y la fuga, la soledad y el desarraigo).

El cambio del hombre tendrá su máxima expresión en la transformación, es decir, en el ser a través de su forma, esa forma que se presenta como espejo donde el hombre refleja no sólo su ser en el tiempo, su ser en el espacio, su ser en movimiento, su ser en descubrimiento de la verdad esencial que le pertenece y se halla en su intimidad, en su “sí mis-

mo”. Una forma que se revela como elemento fundamental de la consciencia como única vía del hombre para saber su ser (¿no acaso Samuel Hahnemann habla de la enfermedad como “una forma de ser”?).

Cambio-transformación-conciencia hacia su propia trascendencia, serán los elementos fundamentales de la denominada transformación, o transmutación. El cambio de la forma debido a un proceso de mutación del interior y, aún en mayor profundidad, a la experiencia del amor-voluntad que libremente actúa cada ser humano en su vida, dando una forma de conocimiento y de conciencia verdaderamente anhelado y superior.

El ser humano desea la paz y augura la paz a los que quiere. Pero la paz sólo se alcanza cuando se alcanza el objeto de amor. Y esta es la temática fundamental de la vida, de la felicidad, y de la enfermedad y la infelicidad del ser humano y de todo ser en el universo.

En este contexto, la enfermedad es deformación del hombre-verdad, del hombre-íntimo, del hombre-espíritu, del hombre-celeste que cada hombre es y siente ser, y al que cada ser humano, en su particular profundidad e individualidad, quiere dar cumplimiento. Es, al mismo tiempo que un proceso vital, es decir, que se dirige indefectiblemente hacia la vida, una forma de ese hombre total en ese momento de su existencia. Y es forma plena en un conflicto como en los momentos de salud, es decir, durante los momentos felices que se presentan en medio de la enfermedad. Es una forma tan plena que dará lugar a la paradójica expresión doctrinaria que nos transmitió el maestro Higinio G. Pérez a principios del siglo XX, diciendo: “...la enfermedad y la salud son estados de existencia, tan perfectos el uno como el otro...” Esta afirmación sólo es explicable al interior de la comprensión del significado de la forma.

La forma es una dimensión de la conciencia. Pero es, sobre todo, experiencia inconsciente del grado de amor-voluntad que cada hombre tiene en ese momento de su vida hacia sí mismo, hacia los demás y hacia lo demás, donde los otros son, a su vez, infinitas formas de sí mismo en movimiento, dentro de un mundo de cambio, en evolución ascendente y trascendente, inmersos ya en un cumplimiento de redención a través de procesos extraordinarios que puedan restituir progresivamente la libertad física, moral y social perdidas, pero anheladas sin descanso.

Una libertad que no podemos comprender tan sólo como un proceso del individuo hacia él mis-

mo, sino también como un proceso del individuo que sale de sí hacia sus hijos, su descendencia; en su trabajo, en sus proyectos, en sus sueños, en sus anhelos, en la realización universalizante de su propio misterio. ¿No acaso Platón afirmaba que “cada uno toma la forma de lo que ama”? Y por esa misma razón los médicos damos tanta importancia a la semiótica, a la tipología, al lenguaje del soma, porque la forma de ser y estar de nuestro paciente nos hablará de lo que realmente conforma el nudo central de su sufrimiento.

Sin duda, estos temas parecen de un orden un tanto abstracto, con cierta inclinación filosófico-religiosa, y por ende un tanto alejados de la clínica con el enfermo y de la Homeopatía como método científico. Sin embargo, nada sería tan engañoso. En el *Organon*, Hahnemann hizo hincapié en la necesidad de “ver con sagacidad y penetración”, mientras que el célebre psicoanalista y psiquiatra suizo Carl Gustav Jung concluyó al final de su vida con la observación, aparentemente desconcertante para el mundo científico mecanicista, de que “en un último análisis, la causa fundamental de la patología de todo hombre es un conflicto de orden religioso”.

Y esto, pienso, se debe a un hecho: en la intimidad de toda transformación, como hemos visto, está la tendencia a la transcendencia, es decir, la tendencia a traspasar la realidad sensible hacia el Alto para alcanzar el ser plenamente. En toda intimidad está la búsqueda de la verdad de sí mismo, con quien no sólo cada hombre, sino incluso cada proceso biológico, se compara a cada instante de realización, buscando su plenitud y ese espacio de bienestar donde siente que descansa su ser. Esto también ocurre en los seres más simples y elementales en forma intuitiva o automática, de modo tal que, descubriéndose a la vida, puedan decidir el establecerse o esfumarse. En unos, simplemente siguiendo las leyes básicas como la ley de selección natural; en otros, los más complejos, según el grado de su voluntad-libertad.

Quiero ilustrar todo esto con un caso clínico para que tomen cuerpo estas reflexiones y se pueda constatar su utilidad y aplicación directa en la comprensión profunda de la vida de las personas comunes que padecen su existir y sufren en modo evidente, es decir, a quienes llamamos pacientes (¡no clientes!).

Cabe señalar que los síntomas predominantes, extraordinarios, peculiares y singulares (característicos, según el parágrafo 153 del *Organon*) se

presentarán con letras resaltadas (bold o “negritas”) seguidos de los números 1 para la psora, 2 para la sycosis y 3 para la syphilis, de acuerdo con las enseñanzas del maestro Proceso Sánchez Ortega, a fin de que puedan identificarse la homogeneidad o la heterogeneidad, extensión e intensidad del conjunto de síntomas que conformarán el dinamismo morboso actuante que pone en crisis la vida del paciente, que es en definitiva lo que un homeópata clásico busca para poder elegir con verdadera similitud dinámica, claridad, exactitud y precisión, el *simillimum*. No para hacer “una quiniela”, como algunos piensan, afirmando que no encuentran sentido a esa valoración.

Vino a consulta una jovencita rubia, delgada, muy bonita. Estéticamente parecía una princesa de los cuentos de hadas de la Alta Edad Media, en un tiempo moderno. Sus ojos grandes y azules se mostraban vivos, pero estaban apagados, como desencantados. Ella acudió a la consulta fundamentalmente porque desde hace algún tiempo se le había llenado la cara de **verrugas pequeñas** (2, 1), **duras** (1), que a veces le **ardían** (3). No eran muy visibles, pero eran **muchas** (2) y le **preocupaban bastante** (1, 2). A este cuadro, visible en los últimos meses, le acompañó **leucorrea abundante** (2) aunque ésta la había tenido siempre, incluso desde niña. Por épocas era **verdosa** y **excoriante** (2, 3). La menstruación era **irregular** (2) con largos periodos de **amenorrea** (3) desde hace 2 años. La joven tenía en ese momento 18 años; la menarca fue a los 14 años, como le sucedió también a su madre.

Cuando se le preguntó por su temperamento dijo medio sonriendo, con un gesto de desconfianza y de reserva, que estaba bien. Cuando se le preguntó por su vida afectiva familiar, alzó los ojos al cielo y suspiró, en señal de sufrimiento. Explicó que tiene dos hermanos varones con los cuales se peleaba continuamente. Con el primero, 3 años mayor, se pasaba la vida intentando desquitarse de las maldades que le hacía, del desprecio y el maltrato continuos; aunque ella quisiera estar con él y que la tratara bien; eso era imposible y **lo detestaba** (3). Acerca del hermano pequeño, 6 años menor, decía con una sonrisa perversa que cuando se le acercaba “le causaba fastidio”, por lo que ella le daba “unas caricias estrujantes, tan fuertes que el pequeño salía llorando”, pero no le importaba. Su madre contaba que cuando eran más pequeños, si se lo encargaba a ella para que lo cuidara, lo dejaba caer fríamente, incluso en situaciones muy peligrosas. De hecho, al hablar de sus hermanos varones, decía “que le producían asco”. Bromeando, añadía que “si hubiera nacido otro hermano varón, me habría ido a la cocina a suicidarme”.

Al preguntarle por su papá se sonrojaba, y a la vez levantaba el labio superior en señal de disgusto (la predominancia syphilitica jerárquica era evidente).

Tres dosis de Sepia 200C, distantes entre sí 15 días, fueron suficientes para cambiar la forma de ser y de estar de la pacientita, pero no para modificar su conflicto existencial. Desaparecieron la mayoría de las verrugas de la cara, y desapareció la leucorrea. La menstruación se hizo más regular y la paciente se volvió menos indispuesta con sus hermanos, aunque no demasiado porque el obstáculo continuo de la agresión y el maltrato seguía siendo una causa suficiente para mantener y desencadenar la patología. La joven vivía sometida a la dinámica familiar como un gran obstáculo desencadenante y determinante continuo.

Tuve ocasión de hablar mucho con la madre, la cual, lógicamente, revelaba la situación antecedente a la reacción actual de la hija ante los hermanos, el papá y la vida. La madre de la joven había vivido una gran castración familiar por parte de su padre, hombre potente y riguroso, un tanto despótico (“propio de su época”, podríamos decir). Esto la llevó a alejarse de la casa muy joven, poniendo como excusa los estudios y sintiendo repudio, sin enfrentarse a la familia de origen por su forma prepotente e hipócrita de comportarse. Incluso, renunció a su herencia.

Esto, a su vez, le significó el rechazo de su familia, teniendo como consecuencia lógica la necesidad de reafirmar sus propias decisiones y su posición ante la vida, más que independiente, sola. Y como es natural, a habituarse a reafirmar sus ideas para poder sobrevivir. En esta situación de disgusto y rechazo, encontró a quien fue el padre de sus hijos. Inevitablemente la experiencia anterior le dejó una marca, consciente o inconsciente, de disgusto familiar y de conflicto con el mundo masculino representado por su padre. No por casualidad, el padre de sus hijos era un hombre joven fundamentalmente libertino, provocador, impúdico y transgresivo, con falta de sentimientos morales y envuelto en una forma de músico artista genialoide.

En otras palabras, fue el arquetipo de Dioniso que vino a compensar la forma extremadamente apolínea y patriarcal del papá de la madre de mi pacientita. La consecuencia natural fue el rechazo a todo lo que pudiera tener un aroma a familia conservadora, victoriana y decimonónica. Esto se complicó porque la mujer, ante la carencia de una fuerte feminidad, no pudo desarrollar una nueva forma de familia en su interior. Por desdicha, la madre de la madre de

mi paciente (es decir, la abuela) ha sido una mujer caracterizada por el servilismo, la clandestinidad y la hipocresía para mantener la paz y obedecer al marido. Con esta imagen dentro de sí como referencia de su mundo femenino, la madre de mi paciente no ha podido transmitir consciente, inconsciente ni genéticamente el gusto, la seguridad y el aprecio a sí misma que se necesitan para que una niña pueda tener buenos instrumentos que le permitan enfrentarse a las dificultades de la vida. En fin, lo que se entiende por una feminidad potente o al menos segura. Obviamente, ha transmitido la feminidad tal como la tiene interiorizada y la ha vivido.

El genio musical de su marido la ha tratado mal; la humilla y la desprecia. Se revela un gran egoísta, hipócrita y cruel, que quiso obligarla a abortar varias veces en forma violenta, y al cual ella, desorientada en la vida y con la imagen de servilismo que su madre le dejó, no supo oponerse. La mujer ha vivido, casi puedo decir que por siempre, llena de miedo, de esclavitud y de imposibilidad, a tal punto que sufrió varios abortos espontáneamente, como si obedeciera un mensaje perverso del que no se podía liberar.

Después del tercer aborto ella se cerró completamente en su intimidad, efectuando una gran transformación física y psicológica. Se volvió delgada y seca; siempre triste, áspera, acida. Desarrolló una micosis en todo el tórax, los brazos y la espalda superior, es decir, en toda la extensión que normalmente se ocupa para dar un abrazo. Sintió rechazo sexual hacia el marido y hacia todos los hombres en general. Se convirtió verdaderamente en el antídoto de la lujuria. Se ligó al amor a través de su sentimiento maternal profundo, que se volvió el único punto de anclaje donde encontró algo de comprensión y donde ha podido expresarse sin ser sistemáticamente agredida.

A través de los años quedó embarazada varias veces. Algunos hijos los perdió al sexto mes, otros al segundo y unos más nacieron prematuros, pero consiguieron vivir con grandes esfuerzos por parte de ella, convirtiéndose, naturalmente, en el centro absoluto de su vida afectiva. El padre se ocupó poco de los niños en toda la fase inicial de la vida. En el último embarazo los síntomas predominantes fueron: **leucorrea verde, prurítica y excoriante** (2, 1, 3); **tendencia al aborto** (3, 1) con amenaza inminente después del coito (3) y de enfrentamientos con el marido; **agotamiento por el mínimo esfuerzo** (3, 1); **sueño y deseo de estar sola** (1, 3) y **acostada** (3). Asimismo, **aversión al coito y al marido** (3), al punto de **vomitarse al verlo** (3), y **palpitaciones durante el embarazo** (2, 1). La predominancia syphilitica es evidente.

Su condición de Sepia saltó a la vista, a pesar de que tuvo que tomar diversos remedios en distintos momentos existenciales. Sin embargo, la reflexión que me interesa es la que se refiere a la función de la enfermedad como proceso morboso salvífico (perteneciente o relativo a la salvación) de la luz y de la conciencia trascendente que se manifiesta incluso a través del dolor y el sufrimiento. También la relación entra la forma, la estática y la dinámica de la vida de un paciente.

En un primer momento parecería natural que la función del tratamiento fuese ayudar a que la mujer hiciera las paces con el marido. Sin embargo, es posible que esto no se pueda ni se deba realizar nunca en concreto, puesto que el marido no ha tenido ninguna disposición a la curación ni a hacer un trabajo de corrección de su vida. No obstante, si hacemos una lectura más profunda nos daremos cuenta de que el marido es un espejo de una parte de sí misma y, por lo tanto, su realidad interior es que ella ha rechazado una parte de su totalidad y la consecuencia ha sido esa nueva forma en donde se muestra seca. Al mismo tiempo ha quedado esclavizada y subordinada de esa sequedad, con la que se ha identificado y que es un símbolo triste de su condición heredada, alimentada y reformada.

Se manifiesta víctima de ese círculo vicioso que se crea entre la patología y la conducta. Vive una deformación exterior que refleja claramente su deformación interior inconsciente y que va modelando, también inconscientemente, su interior y su exterior desde hace muchos años. Deformación de la cual no se ha podido separar, sin saber por qué, como si fuera para ella una fatalidad que la posee, nefastamente necesaria hasta el extremo de que, una vez revelado todo el contenido de su forma patológica, ésta le ha llevado a rechazar su propia imagen al grado de desear vehementemente un nueva forma, una renovación y un renacimiento. Eso que en el lenguaje psicoterapéutico popular de hoy se llama "tocar fondo". ¡Y lograr la corrección de esto es el gran trabajo del *simillimum*!

La plenitud de vida que está inscrita en nuestro interior obliga al enfriamiento en cuanto el umbral del dolor es sobrepasado. La presencia de Eros en la vida matrimonial es modelo y arcano. Por naturaleza, el matrimonio debe ser fusión (sin confusión) y fruto. Integración a través del otro en uno mismo. Espejarse en los ojos del otro para verse, reconocerse y saberse interpretado en el amor y a través del amor que se completa, se complementa.

Descubrir a través de la masculinidad la propia feminidad, y a través de la feminidad la propia masculinidad. Estas cosas ocurren espontáneamente cuando se ama. No es necesario hacer discursos. Esto es lo que ocurre y por eso los seres humanos deseamos profundamente encontrar "al otro", al amor del otro que nos completa. No por casualidad viene siempre representado el momento del amor erótico como un *raptus* donde el ánimo es sorprendida y desnuda, es elevada en el aire, de la tierra al cielo, por el amor amante y amado. Eso es en sustancia el Eros-amor-matrimonio: fusión, creación, fruto. Tal es el arcano rector de la experiencia erótica total en todo ser humano, por sencillo que sea, cuando realmente se enamora, es decir, cuando es poseído por el amor. Se traducirá en su interior a través de sus sueños, sus deseos, sus anhelos y, en contrapartida, sus desencantos, sus desilusiones, sus temores, sus frustraciones o su anulación en el amor, con todas sus consecuencias.

A la madre de la paciente (y a la paciente también), como a todos, le llegó el momento, sin duda estimulada por los medicamentos homeopáticos. ¿Qué descubrió? Que su sequedad ofendía su sensibilidad de mujer. Que su anulación profanaba su dignidad humana. Que su esclavitud envilecía sus ensueños. Que al que llamaba marido no era tal; era su verdugo, y ya ni siquiera era importante en su vida. Que la existencia de él, como individuo en su vida, era intrascendente para su realización. Más bien, todo lo contrario.

Que precisamente porque no era nada de lo que debería ser, ella nada le debía y, fundamentalmente, todo era una confusión. Ella comprendía que tenía mucho que descubrir y recuperar, incluso cosas que no tenían que ver con él. Él no representaba la masculinidad que ella amaba y necesitaba. Era imprescindible mirar hacia otro lado, hacia sí misma, antes de pretender una nueva unión. Necesitaba mirar hacia dentro para cambiar la vida que sentía perdida y no realizada. Necesitaba hacer la paz con la vida, recuperar "su vida" hasta donde fuera posible.

La paciente reaccionó de manera aparentemente sencilla: se fue a la peluquería y se cortó el cabello, por primera vez en 15 años. Se compró ropa jovial, cosa que nunca había hecho (frecuentemente llevaba vestidos de las tías maternas). Podemos decir que se invistió exteriormente para tomar una nueva forma y estimular así el cumplimiento del misterio.

Recuperarse después de 40 años de anulación es un proceso limitado, aunque puede ser sufi-

cientemente satisfactorio. La paciente llegará adonde le sea posible llegar, pero ha podido insertar su vida en un proceso interior de orden superior que trasciende la realidad inmediata. En verdad, sólo así logrará su salvación, su libertad, y realizará a nivel individual su redención biológica que después se expandirá y transmitirá. Está todavía a tiempo de ayudar a sus hijos, a quienes les ha dejado sin querer los estigmas, no sólo de su patología y su carácter, sino las consecuencias del “no saber”, del “no querer” y del “no poder” que han constituido su vida hasta hoy.

El descubrimiento a través de su enfermedad le ha permitido precisar una tarea muy concreta en su vida: la restitución. Recuperar el amor, la creatividad y la dignidad para sí misma, aún en forma modesta. Para poder enseñarlos, corregirlos, testimoniarlos a sus hijos primero, a quienes ha quitado sin querer, estructuralmente, la frescura connatural a la vida que les correspondía; y después, a los demás. Esos demás que se convierten con los años, para todos nosotros, como hijos trascendentes, intermediarios universalizantes del proceso de conciencia evolutivo de la vida. Realizar esta tarea, aún en cosas sencillas, le está llevando a tomar muchas decisiones difíciles. Pero lo más importante es que le está llevando a hacer de su vida un elemento de valor sacralizante en el que la honestidad con sus sentimientos le empuja inevitablemente a la virtud y a la dignificación de su existencia.

Sin duda que ha tenido que vivir la tragedia de su dolor para reconocer el perfil de su limitación y salir de abajo a arriba, teniendo la forma de sí misma como espejo fiel de lo que ella nunca quiso, nunca pudo o nunca supo ser o ver antes.

En todo este proceso, el remedio homeopático o *simillimum*, reconocido como “quintaesencia”, actúa o pareciera que actuara como materia transmutada, y transmutando la materia llena de vida, a través de la forma, la imagen, el fractal, cumpliéndose lo que dejó escrito el Sabio de Meissen en el párrafo 7 del *Organon*: “los síntomas son el medio”. Sí, son el símbolo, el *sym-ballein* de la verdadera enfermedad, como la forma de las cosas es el símbolo de su verdad, de su identidad, de su quintaesencia encerrada en sí misma.

El *simillimum* tiene, o pareciera que tiene, la dignificante función y capacidad de transmutar, es decir, de cambiar la forma desde el interior, devolviendo al individuo a la máxima libertad posible de ser lo que le pertenece. Eso es lo que he llamado redención biológica. La ordenación del instrumento

de su totalidad como vehículo operante del espíritu, que permite al ser humano total que es el paciente “alcanzar los más altos fines de su existencia”, incluso ligado a la tragedia vital de su limitación.

Aparentemente, el *simillimum* no engaña. No esconde la forma. No cede hasta que la transmutación sea cumplida. Es, inadvertidamente silencioso e íntimo como lo es el misterio mismo de la vida. Conquista al hombre para sí, haciéndole señor humilde de su realidad trascendente.

BIBLIOGRAFÍA

- Hahnemann S. El Organon de Hahnemann, Sexta Edición (Edición del Bicentenario). Ciudad de México: Propulsora de Homeopatía; 2010. Traducción de Fernando Darío François Flores.
- Hahnemann S. Enfermedades crónicas. Ciudad de México: Editorial Porrúa; 2001.
- Sánchez Ortega P. Apuntes sobre los miasmas o enfermedades crónicas de Hahnemann. Ciudad de México: Biblioteca de Homeopatía de México; 1999.
- Sánchez Ortega P. Apuntes sobre la Clínica Integral Hahnemanniana. Ciudad de México: Biblioteca de Homeopatía de México; 2003.
- Sánchez Ortega P. Aplicación práctica de la clínica integral homeopática considerando lo miasmático. Ciudad de México: Biblioteca de Homeopatía de México; 1999.
- Pérez H. Filosofía de la medicina. Nueva Delhi: B. Jain Publishers; 2003.
- Jung CG. Símbolos de transformación (edición revisada y aumentada de Transformaciones y símbolos de la libido). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica; 1998.
- Jung CG, Henderson JL, von Franz ML, Jaffé A, Jacobi Jolande. El hombre y sus símbolos. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica; 1995.